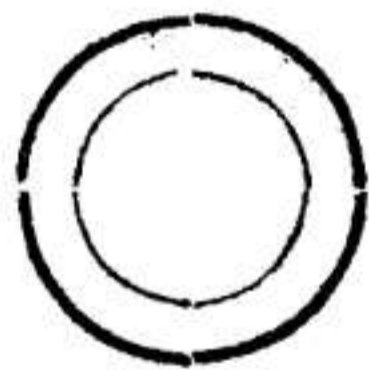


LA
VENGANZA MALOGRADA.

LEYENDA ÁRABE,

por

Don B. del Barco.



Pamplona: Imp. de *El Correo de Navarra*, -Constitucion-16.

1864.

I.

En la Senegambia, una de las colonias europeas del Africa, contigua á la costa y situada entre San Luis y Kavor, se descubre la pintoresca aldea de Kebir con sus frondosos plantíos y bien cultivadas vegas.

Esle pueblo de las costas del Océano Atlántico sobre el Cabo Verde, debe su fundacion á varios emigrados alemanes, habiendo pasado por todas las alternativas, desde la mas dura miseria hasta el verdadero bienestar que hoy disfruta.

Durante largo tiempo, las familias que allí fueron á establecerse, pasaban dia y noche labrando madera que vendian á San Luis, con cuyo trabajoso comercio sabian proporcionarse el sustento.

Gracias á la laboriosidad de los colonos, hoy el territorio de Stidia es uno de los mas fértiles: cereales de todas clases, vistosas y magníficas arboledas y rientes jardines rodean la nueva aldea.

El comercio de raíces de madera de construcción y labadas, ha llegado á ser muy floreciente. Aquí se ven plantíos de tabaco y algodón, allí trigos y cebadas, higueras y palmeras: Allí un molino ó una alfarería representan la industria de este pueblo, donde vino á establecerse hace años la familia de Muroj.

Esta familia era de Hamburgo: su jefe Antonio habia ejercido durante muchos años el oficio de maquinista en aquella antigua capital; pero sus grandes y multiplicadas pérdidas le habian reducido á la mayor miseria. Después de haber pagado sus deudas, le quedaron cuarenta mil reales: esta suma no era bastante para vivir con su mujer é hija; por eso adoptó la determinación de ir á probar fortuna. Dos amigos suyos, colonos del Senegal, le habian aconsejado que se viniera á Kibir. En efecto, la familia de Muroj se dirigió á San Luis, después de haber obtenido del ministro de guerra francés una concesión de treinta hectáreas de tierra.

Apenas quedó instalado, cuando cada uno empezó á cumplir con ardor su deber, siguiendo el ejemplo de los colonos fundadores; así es que al momento los convencinos cobraron singular afecto á la familia de Muroj.

Iniciado Antonio desde la infancia en la agricultura, habia cesado de trabajar á la edad de diez y ocho años.

Merced á su talento y aplicación, en menos de un año, su pequeña propiedad era una grande y productiva hacienda.

La familia colonizadora vivió dichosa en Stidia, alegrándose de haber dejado á la vieja Europa y á su ciudad natal.

Era necesario ver al robusto Antonio hacer las sementeras y plantaciones, para formarse idea de su felicidad. ¡Qué orden! ¡Cuánta inteligencia! Parecía que no pasaba de cincuenta años: su abundante y blonda cabellera le daba as-

pecto de jóven; su robustez y su calma eran una prueba de la sobriedad y rectitud de conciencia.

Contaba en el pueblo tantos amigos como colonos, además de un árabe que cuando venia al mercado de Kebir, tenia el gusto de conversar largas horas en su compañía, interesándose en sus adelantos ó contando á su familia leyendas indígenas.

La señora de Muroj, natural de Bruselas, acomodándose á la vida del campo, como mujer de talento y laboriosa, dirigia á las mil maravillas su posesion, y obteniendo de los animales domésticos inesperados recursos, pudo arreglar al poco tiempo una vivienda *confortable*. Cada visita le valia un triunfo, y no sin justicia, por parte de sus amigos de la campaña.

Buena y de fisonomía encantadora la señorita de Muroj, brillaba por sus cualidades de laboriosidad é inteligencia; de manera que podia colocarse en la categoría de mujeres singulares que, secundando á sus maridos, contribuyen al buen éxito de las empresas domésticas.

Maria, que así se llamaba, era la alegría de la casa: todos los desvelos de la familia se dirigian á crearla un buen porvenir, para procurarla hasta donde es posible, la felicidad que cabe en la tierra.

Figuraos, amables lectoras, una de esas mujeres, tipos pintados por Ruban y tendreis el retrato exato de Maria. Blanca, de cabello entre rubio y castaño, ojos azules, dientes de nácar, lábios de rosa, era la jóven un compuesto angelical: habia tal poesia en sus formas, tal naturaleza en sus movimientos, que no necesitaba de los recursos de la moda para ser hermosa, con la belleza pura, natural y sencilla. Corria por sus venas la sangre de los antiguos germanos, cuyos reyes fueron guerreros valerosos.

Maria, era la preciosa flor del Norte, trasplantada bajo

el ardiente cielo de África, donde exhalaba ese esquisito perfume ideal de los poetas.

Respecto á cualidades morales era dechado de perfeccion. Solo tenia una falta, muy rara en una jóven de veinte años, una tristeza continua aunque dulce. Hacía el bien sin pensarlo, y obedecía á los principios que sus padres le habian inculcado, sin responder, ni tomar jamás por su parte la iniciativa.

Su naturaleza pacífica la preservaba de pasiones violentas; pero pasado el peligro, Maria vivia sin armar, sin energía, sin voluntad propia para dominarse.

—¡Dios mio! exclamaba continuamente en sus oraciones la señora de Muroj, dignaos preservar á mi hija de esas rudas pruebas de las que no se triunfa sino en la fuerza de carácter.

Maria ayudaba á su madre en los quehaceres domésticos, y como ella entendia de los cuidados de la labranza. Su concurso aliviaba en mucho á la madre y cooperaba al bienestar general de la familia.

Teniamos una razon poderosa para decir que era de carácter pacífico la hija de Antonio; pues á no ser así, en su marcha al Senegal se hubiera sumergido en la mas profunda tristeza, ó quizás en la desesperacion.

Al salir de Hamburgo habia dejado uno de esos lazos que jamás se rompen.

Existia entre los vecinos del mecánico Muroj, un jóven escultor en madera, llamado Laureano Terer, hábil artista, creado por el movimiento intelectual de estos cincuenta últimos años, el cual, despues de haber copiado las talias de la edad media, habia ejecutado, pequeñas, sí, pero verdaderas obras maestras.

Apenas tenia veinte años cuando vió á Maria; la admiró como tipo de belleza y la amó sin decírselo, hasta que declaró sus sentimientos al buen Antonio.

Toda clase de dificultades se oponían á la union de estos jóvenes; pero el obstáculo verdaderamente grave, era la falta de fortuna de entrámbos.

En estas circunstancias tuvo lugar la emigracion de la familia de **Uroj**, y lo que afligia á **Maria**, destrozó el corazón de **Laureano**, que se consolaba algun tanto trabajando sin descansar, á fin de ofrecer algun dia á su ídolo una mediana acompañada de un inmenso cariño.

Durante cuatro años, recibió **Antonio** cartas que le ponían al corriente de los progresos que hacia el joven escultor, cartas que contenian aquí y allá tiernas frases, hijos del estylo del alma de **Laureano**. Jamás á la lectura de aquellos escritos descubrió nadie en **Maria** entusiasmo, sino solamente interés familiar.

Al ver tanta fidelidad en la joven, fácilmente se adivinaba que el amor del artista no era del todo correspondida.

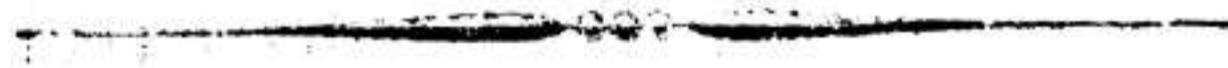
Pablo y **Laureano** cuántas veces sentándose sobre la piedra que estaba trabajando, y privado de aire en una estrecha calle de **Amburgo** soñaba en el **Senegal** con aquella mujer cuya imágen no habia olvidado un momento! ¡Cuántas veces se trasportaba con la imaginacion al mar de **Taghema**, y con ella paseaba por las playas arenosas del **Océano**! ¡Cuántas soñando la contempló embellecida por la voluptuosa naturaleza de **Africa**!

— ¡**Maria** querido! exclamaba, seré feliz! Pronto me presentará á ella en **Kebir**, el pueblo mas encantador del universo, puesto que allí vive **Maria**. En cuanto haga un camino, iré á buscarla y la traeré á este pais para hacerla mi esposa... Si prefiere vivir cerca de sus padres, me trasladaré en **Kebir** y trabajaré. Desde hallí poder ir á **Francia** y á **Francia**.

Así se consumían todas las esperanzas que le sañera su exaltada imaginacion. El amor es la fuente

de todos los sueños para los corazones jóvenes y entusiastas.

La ausencia de Maria habia aumentado en vez de disminuir la pasión de Lauriano, para quien Amburgo era un infierno, y el Senegal el paraíso, la tierra de promisión.



II.

Era un día de mercado en Kebir. De todas partes aflúan comerciantes extranjeros ó indígenas cargados de mercancías diversas: joyería, albornoces, chales, bisutería, arañas, &c.

¿Quién es aquel árabe de magestuosa presencia, sentado con mas gravedad que un senador de la antigua Roma, cuyo bronceado rostro revela su satisfacción? ¿Y este que fuma con tanto gusto? ¿Y el otro vestido con magnífico albornoz de cachemira? ¿Y el de más allá que al parecer, no cabe en la tierra? ¿Y en fin, el que al lado opuesto apenas se digna contestar á las preguntas que se le dirigen?

Comerciantes en trigo, en seda, en armas; jornaleros que pretenden ajustarse para la cosecha: todo está mezclado.

Entre la muchedumbre se distingue un Kadi, joven, de nobles facciones, realzadas por un turbante blanco

adornado con gusto, de dulce y melancólica mirada, de finos modales y rara frescura que no tiene igual en el mercado.

El Kadí, juez mahometano, compone él solo el tribunal, asistido de una porción de alguaciles que son los testigos necesarios, firman despues de jurar, segun las fórmulas consagradas al efecto, todas las convenciones.

Un Kadí debe ser libre por su condicion, discreto, prudente y de buenas costumbres: debe tener conocimientos en teología, saber bien el Koran y conocer á fondo lo que nosotros llamariamos derecho civil y canonico.

Ali-Raf, que así se llamaba el juez musulman, era una notabilidad en medio de la muchedumbre que se agitaba en el mercado. Al verle, los árabes inclinaban ligeramente la cabeza en señal de respeto. Cuando el iba y venia de una á otra parte, echando un vistazo á todas las mercancías. Maria pasó del brazo con su madre por la plaza.

—Todo esto es muy bonito, dijo la jóven á la señora Muroj; pero no veo lo que deseo.

—Eres muy caprichosa, María: ¿qué te hace falta?

—Quisiera comprar un porta-monedas bordado de oro, como el que tenia la mujer del notario.

—Pues no se encuentra, hija mia... Otro dia habrá tal vez.

María calló; pero manifestando de una manera ostensible su descontento con un ademan gracioso.

Ali-Raf sabia aleman: oyo la conversacion de la hija con la madre, se detuvo á pocos pasos de María, cuya belleza le habia encantado, las siguió hasta donde vivian y desapareció.

A la mañana siguiente, un árabe llamaba á la puerta de la casa de Muroj.

Abrió María, el árabe penetró en la antesala, y sin decir palabra, colocó sobre la mesa un paquetito cuidado-

samente envuelto en un papel de seda y liado con un hilo de color rojo.

— María estaba sola.

— ¿Qué es esto? le preguntó.

El árabe manifestó con un gesto, que lo ignoraba.

— ¿Quién os envía?

— Nadie, contestó el árabe, retirándose precipitadamente, mientras María rompía el hilo rojo con que estaba atado el misterioso paquete.

Grande fué su sorpresa, cuando al abrirlo descubrió un porta-moneda bordado de oro, el mas rico quizá de todos los que hasta entonces habia visto, una verdadera maravilla.

— Será obsequio de mi padre, dijo para sí la jóven. Ayer manifesté delante de mamá deseos de tener uno; ella se lo habrá referido, y como él es tan bueno, para sorprenderme me lo ha mandado con un árabe.

Como un niño saltaba de gozo con su porta-moneda, cuando llegaron Antonio y su mujer.

A las caricias y preguntas que les hizo su hija, dándoles las gracias por el obsequio, contestó aquel:

— Te aseguro, Maria, que no soy yo quien te ha mandado esa alhaja.

— ¿Cosa mas rara! Pues entonces ¿quien será?

Lo ignoro, á no ser alguna fineza del vecino; pero no debes usar de ese porta-moneda, mientras no sepamos de donde viene.

— Tienes razon, padre mio, respondió con gran sentimiento.... ¡Qué cosa tan bonita!.... en fin, puesto que es preciso....

El porta-moneda fué de nuevo empaquetado en el papel de seda con el hilo rojo, tal como habia salido de manos del árabe.

No se volvió á hablar ya del misterioso regalo; pero e

padre le compró en cambio un libro de memorias tan precioso que satisficiera el capricho de la jóven.

Una tarde de la semana siguiente estalló una horrorosa tormenta; la lluvia caía á torrentes; la familia de Muroj estaba reunida en la antesala: madre é hija se entretenían repasando la ropa, y Antonio leyendo con mucha atención la *Casa Rústica*.

La puerta de la calle se hallaba abierta, y solo se oía el ruido del agua que resonaba en el empedrado.

—¡Ay, papá! exclamó María, qué inquietas estaríamos mamá y yo, si no te hallaras aquí durante este rudo temporal.

—Cierto, añadió la señora con voz enternecida; esta lluvia que cae con tanta fuerza te calaría hasta los huesos, si te hubiera cogido en el campo... y después las calenturas... ¡Bendito sea Dios!

—Razon tiene mamá. Felizmente no sucedera, porque aquí tenemos á nuestro querido papá. Por lo tanto, dejemos que llueva como si nada vos importara.

—Siento placer en estar tranquila y á cubierto, replicó la madre, mientras que las cataratas del cielo se abren y anegan el campo.

—Algunos habrá á quienes haya sorprendido la tempestad, dijo Antonio, interrumpiendo la lectura.

—¡Qué dicha que no seas tú! contestó su esposa, abrazándole.

El viento redoblaba su furia, los truenos seguían sin interrupción, y la puerta movida por el aire iba á derrarse con violencia, cuando un hombre envuelto en un albornoz la detuvo, entrando en casa de Antonio.

—¡Hospitalidad!

Fue la única palabra que pronunció Ali-Raf, que venía mojado de pies á cabeza.

—¡Adelante! entrad! gritó con viveza el colono leván-

tándose. Y dejando el libro sobre un taburete, se dirigió hacia el joven Kadí.

Este no aguardó á que le ofrecieran amparo segunda vez, y dijo en claro aleman.

—Gracias, caballero, gracias!

Entró y sentándose en una silla que Antonio le presentó, guardó silencio por algunos instantes como absorto, coniemplando á María.

Ali-Raf despues de haber dicho su nombre y cualidades, contó algunas anécdotas árabes.

Inspirado por la presencia de la jóven, se expresó con elegancia, y tan poéticamente que Muroj, á pesar del interés que ofrecia su lectura, púsose á escuchar con la mayor atencion.

Cuando la tempestad hubo pasado, el Kadí se levantó con gravedad.

—Gracias, les dijo, por la hospitalidad que me habeis concedido tan de buen agrado. El profeta hos recompensará; él mismo ha declarado: «que Dios concederá veinte gracias al que sea generoso.»

El es ologue, segun sus sagradas palabras, la sabiduria: el temor de Dios, un corazon bondadoso, la dicha de no aborrecer á nadie y no tener orgullo ni envidia. Jamás tenga la tristeza su morada en vuestra casa. Recibid bien á todos y sereis queridos por las gentes: vuestros bienes se aumentarán y vuestra existencia será bendecida; sed pacíficos y discretos, y siempre estareis contentos. Despreciad los placeres de este mundo, y si vacilais, Dios os sostendrá, y vuestras culpas serán perdonadas. En fin, Dios os preservará de todo mal, ya venga del cielo ya de la tierra.

Pronunció Ali estas palabras de Mahoma con tanta fé, que no pudo menos de conmoverse la familia de Muroj.

Antonio insistia en que permaneciera en su casa mas

tiempo; mas él respondió:

==Muchas gracias. Hoy no puedo detenerme, y prefiero, si me lo permitís, volver á haceros una visita cuando venga á Kebir.

==Desde luego aceptamos la oferta.

Alí se separó de aquella hospitalaria familia, acompañándole Antonio hasta la calle y repitiéndole muchas veces.

==Hasta que nos volvamos á ver.

Los colonos no se olvidaron de Ali-Raf, ni de la elocuencia musulmana. Mas de una vez María revolvía en su pensamiento las prendas de Kadí. Ninguno, sin embargo, esperaba la prometida visita.

Todos se equivocaron: el juez árabe cumplió su palabra, de tal manera que al mes se convirtió en visitador frecuente, haciéndose cada dia, mas y mas agradable por su conversacion, tanto que se estableció una amistad íntima entre Ali, y la familia de Antonio.

El Kadí daba muy buenos consejos al padre respecto á la agricultura. Si aquel tenia necesidad de jornaleros para sus faenas agrícolas, Ali-Raf le proporcionaba hombres que prestaban al colono muy buenos servicios.

Entre los jornaleros, reconoció María, al que habia traído el porta-moneda al dia siguiente de su paseo por el mercado de Kebir.

Ella le preguntó por su procedencia; pero el árabe tenia una consigna rigorosa, y siempre contestó que ignoraba completamente de parte de quién trajo el paquete á casa de Muroj.

==¿Ha sido el Kadi quién os envió? le preguntó Antonio.

==Lo ignoro, respondió el árabe de la misma manera que lo hizo por primera vez á María.

Entre tanto, las relaciones del Kadí y el colono se hicieron tan íntimas que Ali-Raf le invitó á pasar con su familia una temporada en su casa, situada mas allá de Terarsha.



III.

La hacienda de Alí era una deliciosa quinta rodeada de árboles de Africa y Europa. Exteriormente parecía una fortaleza, como es costumbre entre los árabes; pero en el interior poseía cómodas y elegantes piezas, que no se hubiera desdeñado habitar un banquero inglés. Fina y abundante vajilla, hermosos muelles adornados con delicadísimas incrustaciones y elegantes molduras. En todas las habitaciones descollaban las flores, embalsamando el aire con sus deliciosos perfumes.

El jardín era un inmenso búcaro cubierto de una red de naranjos y limoneros de maravillosa frondosidad.

Él solo habitaba en aquel eden con tres marroquies que componían su servidumbre.

Empezaban á sentirse los rigurosos calores del medio día, cuando Antonio acompañado de su mujer é hija, penetraba en un espacioso patio, donde un toldo les resguardaba de los rayos del sol.

El Kadí salió á recibirlos y los condujo al través de largas galerías artesonadas y patios adornados de vistosas fuentes, de riquísimos tapices, con un roda-pié de ladrillos pintados y barnizados que representaban animados paisajes. El techo estaba esculpido y pintado con maestría, y el suelo cubierto de magníficas alfombras de Damasco.

María abrió sus grandes y azules ojos, Antonio manifestó su admiración, sin atreverse á comparar con su humilde albergue este suntuoso palacio.

=Jamás hubiera creído, dijo al Kadí la señora de Muroj, que las casas árabes pudieran encerrar tan bellas habitaciones, bajo una mala fachada.

=Soy muy apasionado por los objetos preciosos señora.... si estuviera casado, trataría de decorar aun mucho mas el interior de mi vivienda, pero mientras se está soltero.... se carece de gusto, dijo el Kadí, con una inflexion de voz muy significativa.

Imposible seria enumerar los cuidados con que trató á sus huéspedes Alí-Raf, devolviéndolos con usura la hospitalidad que en otro tiempo le habian concedido.

Llegó la hora de comer, y todos se sentaron al rededor de una mesa dispuesta con gusto y elegancia. Los criados sirvieron á su tiempo numerosos y exquisitos manjares, entre ellos un magnifico pavo trufado.

El anfitrión árabe, que hacia los honores de la mesa, le trincho, ofreciendo á la jóven un alon que ella rehusó.

=¿No os gusta? le preguntó Alí.

=Al contrario, me gusta mucho; pero....

=Entonces, aceptad, volvió á repetir el Kadí.

=Gracias, no tengo apetito.

=Si os falta la gana....

=No.... lo tomaré otro dia.

=Entonces no me esplico, interrumpió Alí, por qué

no probais este plato que he mandado improvisar expresamente para vuestro gusto.

María, colorada como la grana, miró á su madre y despues á Antonio, diciendo:

—¡Dios mio! tengo mis razones, para....

—Bien; pero debes decirlas á este caballero, contestó la madre. Así comprenderá que no es un desaire el no tomar lo que de tan buen agrado te ofrece.

Estas palabras habian despertado mas y mas la curiosidad del Kadí.

—Hablad, señorita, decidmelo.

—Hoy es viernes!

—¿Y qué?

—En tal dia mi religion me prohibe comer carnes.

Al oír esto Alí colocó con prontitud en el plato la presa que con tanta insistencia habia ofrecido.

—Perdonadme, señorita, por haber insistido.... Vuestra religion no os permite comer de lo que gustais.... hacéis bien en cumplir sus preceptos.... Teneis muchísima razón; mas permitidme os diga que ahora mas que nunca admiro vuestra virtud. En todo el tiempo que conozco á los europeos, usted es la única á quien he visto cumplir estrictamente con su religion. Eso es muy loable, señorita, y yo aprecio en mucho á aquellos que observan bien la religion, sea la de Mahoma, ó la de Cristo, el Koran ó el Evangelio.

Llegó á tal punto el entusiasmo del Kadí, que durante toda la comida, no cesaba de preguntar á María, cuando presentaban en la mesa nuevos platos:

—¿Podreis, sin ofender á vuestro Dios, probar de este?

—¿Observan fielmente los árabes su religion? preguntó Antonio al jóven Kadí.

—Cual cumple al verdadero creyente... Mahoma estableció el Rhamadan, con el fin de que siguiéramos escru-

pulosamente sus prescripciones del mismo modo que Jesucristo la cuaresma, para que los cristianos no dejen de observarla.

La conversacion tomó luego otro giro, versando sobre diferentes asuntos, mostrándose Ali muy parco, lo que raras veces sucede entre los árabes de distincion cuando invitan á los europeos.

El dia terminó con varias diversiones, anseñando Ali á sus huéspedes hasta el último rincon de su poética morada.

En el momento de marchar, sintió el Kadí cierta melancolía, que fácilmente se dejaba ver por las tiernas miradas que furtivamente dirigia á la jóven.

Ella se apercibió, retirándose llena de rubor y algo confusa.

Nadie habia producido tanto efecto en su corazon como el Kadí.

Antonio y su mujer, constantemente ocupados, éste en sus faenas agricolas, aquella en sus quehaceres domésticos, no se apercibieron del repentino cambio en la conducta de su hija.

Ali venia á verles con frecuencia, y desde sus primeras visitas la fortuna de los colonos prosperaba de dia en dia.

Si algún incidente funesto turbaba la calma de aquella laboriosa familia, él lo hacia desaparecer. Ali-Raf era la providencia de la casa.

Todos veian en el árabe tan solo un amigo de Muroj. Maria, que poco á poco se habia aficionado á sus visitas, coñelajo por desear que fueran mas continuas.

Una circunstancia imprevista obligó al Kadí á preguntar por una cosa que hasta entonces no habia tomado en boca.

Contando una de esas leyendas árabes que con tanta

gracia y elegancia referia, entró de improviso la criada y dirigiéndose á María la pidió dinero para ir á comprar al mercado.

María sacó del bolsillo un porta-monedas, y tomando una dióselo á la sirvienta.

En aquel momento fijó el árabe toda su atención en el porta-monedas, y se quedó pálido. No era el que hacia tiempo le habia regalado. En vez de disimular su despecho, la dijo con tono algo resentido.

==¡Ay! señorita, no me parece bien que hayais despreciado mi obsequio.

==¡Cómo! exclamó María maliciosamente.

==¿De qué obsequio hablais? preguntó al mismo tiempo Antonio.

==De un bolsillo árabe....

¿Fuisteis vos quién le envió? dijo la madre de María.

==Sí, respondió el árabe con resolución.

==¡Ya se descubrió el secreto! exclamó alegremente la jóven.

==Caballero, ignorábamos hasta ahora mismo, que viniera de vuestra parte, replicó Antonio.

==Si lo hubiera sabido....

==Qué? la interrumpió Ali.

==Me hubiera servido de él, contestó la jóven pronunciando estas palabras con tal acento que el árabe se conmovia de gozo.

==Sin decir más, subió al piso segundo y volvió á bajar trayéndole en la mano. Sentóse y traspasó al nuevo todas las monedas que tenía el otro.

==Desde este momento, dijo, usaré el obsequio del señor Kadi.

A estas palabras, creyó Ali enloquecer de alegría y de tal manera manifestó su entusiasmo, que al salir alargó la mano con emoción al colono.

¿Ireis mañana á vuestro plantío de higueras?

==Probablemente;==pocos dias pasan sin que deje de visitarle.

==¿Quereis hacerme la gracia de ir al mismo tiempo que yó?

==Cuando querais, dijo Antonio, tendré mucho gusto en veros; pero ya sabeis que alli es muy escasa la sombra.

==No importa.

María no pudo menos de oir la cita con sorpresa.

==Este amigo, añadió la señora, te dará idea sobre el modo de hacer el plantío de palmaras.

==Son tan pobres mis conocimientos en agricultura, replicó modestamente lí; pero tengo necesidad de hablar á solas con su marido.

==Cuando gustéis, le contestó Antonio.

El Kadí se alejó con precipitacion.

==¡Por Dios! dijo para sí el colono, tengo curiosidad de saber qué es lo que quiere Ali. Estos árabes todo lo convierten en misterios. Como lo del porta-monedas! Me envió con una especie de Mercurio incógnito...

==Ahora me acuerdo, exclamó su esposa, que María tenia capricho por un porta-monedas un dia que salimos al mercado.

==Si, si, añadió la jóven, y tambien recuerdo que Ali se paseaba cerca de nosotras.

==El se apercibió de su deseo, reparó Antonio, y como no le habia en ningun comercio, tuvo la galanteria de sorprenderle con él al dia siguiente.

==Eso es.

==Lo que tiene ser bonita! replicó Antonio.

==¡Padre mio!...

==Hija la galantería puede existir entre los árabes lo mismo que entre nosotros.

==Seguramente que sí, añadió la madre.

—El Kadi pretende hablarme en secreto....¿Qué querrá? murmuró sucesivamente Antonio. Me ocurre una idea.

—¿Cual? preguntó al instante María.

—Que Ali tiene intencion de servirme proponiéndome la compra de alguna heredad.... ó bien relacionarme con exelentes jornaleros de su tribu... ó en fin , allá veremos.

Diciendo así cojió á su hija por la cintura al mismo tiempo que abrazaba á su esposa, y concluyó de esta manera:

—Es un buen amigo, hijas mias. ¿Los tendrá así el pobre Laureano en Hamburgo? al menos María le conserva un rinconcito de su corazon, ¿no es cierto?

—Yó? solo pienso en mí; exclamó la jóven con su acostumbrado ademan de indiferencia.

—Niña, eres demasiado ingrata, la dijo su madre. Pues no faltaba mas sino que le olvidases porque está ausente! seria una ingratitud.

La jóven se mordió los lábios y se puso encendida.

Estraños pensamientos pasaron por su imaginacion.

El recuerdo de Laureano no le era desagradable; al contrario, no se la oia pronunciar su nombre con aquel desden con que antes lo hacia. No podia, mejor dicho, no queria sin embargo figurarse que el ebanista conservara los mismos sentimientos que cuando vivia cerca de ella.

—¿Ocupaba, por ventura, el Kadi un lugar mas preferente que Laureano en el corazon de María? Sin duda que el árabe habia triunfado de la apatía natural de la hija de Antonio Muroj,



IV.

Un sol abrasador estendia sus rayos por la campiña de Kebir: la atmósfera era sofocante: los labradores abandonaban las tierras, unos á causa de la fiebre, otros por temor á ella. Valerosos y constantes en el trabajo, continuaban los menos sus penosas tareas: Entre estos últimos se contra' a á António. Recorre las plantaciones y con su ejemplo animaba á los obreros.

Tres pinos de italia daban sombra á un banco natural formado por un grueso tronco de haya, donde de tiempo en tiempo tomaba Antonio descanso.

No tardó en distinguir al Kadí, cuyo blanco albornoz parecia á lo lejos una mancha en el azul del cielo.

Se saludaron ámbos, y habiéndose sentado:

==Grave motivo me trae aquí, dijo Alí.

==Me lo presumo, cuando á pesar del calor venis para hablarme á solas. Todo esto denota que vuestra presencia es algo mas que una simple vista.

==¿Lo habeis adivinado?

==No: solamente me parece que debemos tratar de cosas de alguna monta.

==En efecto: no os estrañe, señor Antonio, lo que voy á deciros. Yo al momento abordo todas las cuestiones y os suplico que me contesteis del mismo modo sin incomodaros.

==Podeis hablar.

==Pues bien. Existe bajo este cielo que habitan mis padres una criatura noble, encantadora, virtuosa, digna de ser amada. Es un ángel, una hermana de Gabriel, de Michel, de Azriel y de Israfel, que son las cuatro maravillas del paraiso.

Antonio escuchaba con atencion al árabe, esperando con impaciencia el fin de su discurso, que no llegó á terminar. Alí tan pronto como hubiera deseado nuestro colono.

Las exclamaciones, las imágenes se sucedian unas á otras, hasta que por fin, despues de un diluvio de frases poéticas y precauciones oratorias, concluyó diciendo:

==Daria la mitad de mi vida por ser esposo de.... de vuestra hija Maria.

Esta confesion del Kadi dejó modo de sorpresa al buen Antonio. Alí prosiguió:

El amor respetuoso que hacia ella siento, me hará el hombre mas obediente á los deberes que esta union me impone. Mi esposa jamás será interrumpida en las oraciones que dirija al Dios que adora. La mujer que reza, sea á quien quiera merece respetarse. Yo seré su esclavo y mi admiracion por sus virtudes no tendrá límites. Todo lo que poseo será suyo.... Si me la concedeis, la haré dichosa, yo os lo prometo por todas las potestades de la tierra y del Cielo.... Os lo juro por las cenizas de mi padre!

No pudo Antonio romper el silencio que durante algu-

nos minutos siguió á tan vehementes palabras.

El árabe se hallaba cada vez mas conmovido.

—Desde que los europeos, prosiguió, se han instalado en este país, jamás belleza alguna digna de compararse con María ha pasado por delante de mis ojos: jamás he visto rostro mas espresivo, ni alma mas cándida. Su piedad me ha embelesado... Seguirá, segun es su voluntad, la religion del Crucificado. La daré criados que adoren á su Dios. Ninguna palabra irreverente para sus creencias pronunciarán mis labios, y mostraré al mundo que un musulman sabe amar á una cristiana.

—Vuestra peticion me honra... vuestras sinceras protestas me cautivan muy singularmente... pero antes de contestaros permitidme reflexionar....

—Esperaré.

—Es necesario que consulte con mi esposa é hija.

—Cualquiera que sea la resolncion la sufriré resignado. Hasta la vista, añadió el Kadí levantándose, en toda la semana no pareceré por Kebir; dentro de cinco dias espero la contestacion que me hará el mas dichoso ó el mas desgraciado del mando. Y tendió su mano al colono.

Despues de atravesar con lento paso la estensa pradera que se extendia frente á los pinos, se perdió por estrechos y tortuosos senderos.

Antonio dió la vuelta á Kebir á la hora acostumbrada. revolviendo en su cerebro todas las dificultades que ofrecia, en su opinion, el casamiento de su hija con el árabe.

—Antonio, Antonio, una carta! le dijo su esposa, apenas le divisó.

—¿No la has abierto?

El colono miró los sellos del correo.

—Hamburgo, leyó... es de Lorenzo.

No trascribiremos el contenido de la carta del jóven, pero harémos su extracto. Seis meses hacia que no daba

Laureano noticias suyas á su familia futura. Por consiguiente, esta carta era un verdadero acontecimiento. En ella anunciaba su próxima llegada al Senegal. Iba á pasar á uno de los oficiales del taller su clientela, por si las circunstancias le obligaban á quedarse en Kebir.

La llegada de Laureano iba a influir mucho en la determinacion de Antonio, respecto á la pretension del Kadí.

Como el escultor anunciaba que vendria á Kebir en el próximo correo, esto es, dentro de unos quince dias, no quiso Antonio decir nada de la pretension de Alí-Raf á María ni á su madre, antes del arribo de Laureano.

Mientras tanto, llegó el sábado, dia en que el Kadí habia de visitar á la familia. No bien le hubo visto Antonio le llevó aparte, y le declaró que nada habia decidido; pero dando á entender al enamorado musulman que no esperase respuesta favorable.

El árabe se marchó triste y al parecer resignado.

Todo era movimiento y alegría en casa de Muroj, de un momento á otro se esperaba á Laureano. Cada cual tenia su presentimiento acerca del jóven escultor. ¿Será tan amable como antes? Se preguntaba María. ¿Será tan bueno? Se decia la madre. ¿Habrá conservado todo su cariño á María? se repetia su padre.

Laureano apareció y desde los primeros instantes hallaron en él aun mas de lo que esperaban. Su amabilidad se habia aumentado y su persona respiraba virtud y honradez. Apenas se vió á solas con el colono, le expuso con la mayor franqueza los motivos que le habian obligado á dejar su país.

—Señor Muroj, le dijo, vengo á exponeros mi verdadera posicion y á saber si he merecido la mano de María.

—Nuestra ausencia en nada nos ha cambiado, amigo mio; estoy persuadido de que María os conserva cierto cariño que bien podrá convertirse en amor.

A esta contestacion prorrumpió Laureano en expresiones de alegría: hizo presente á Antonio la resolucion que tenia formada de vivir con ellos en Kebir, juntar su capital con el del colono y cultivar juntos una hacienda en mayor escala.

Antonio hizo presente todo esto á su esposa, sin decirle nada acerca de la peticion de Alí-Raf, á quien el mismo dia dió respuesta definitivamente negativa.

El Kadí desairado sin incomodarse al parecer, le anunció que dejaria de visitar su casa. Jamás se le volvió á ver en casa de Muroj.

María lo estrañó; pero su padre disipó su estrañeza al momento fundándose en el carácter de todos los árabes,

Al cabo de algun tiempo, María y Laureano se amaban de veras y su enlace estaba concertado. La primera no tuvo tiempo para amar al Kadí, cuya ausencia disipó aquellos inesplicables movimientos que hacía el árabe sentia.

Laureano vendió por carta su establecimiento, y fijó su domicilio en Kebir, donde encontraba honrados y afectuosos padres y una querida y virtuosa compañera.

Fijado el dia del casamiento, se preparó una habitacion para los jóvenes desposados lo mismo que la que ocupaban Antonio y su mujer, Laureano la habia arreglado con verdadero gusto artistico. Muchos bultos llegados de Alemania y repletos de obras de escultura, llevaron á Kebir un lujo desconocido para María, y de un género mas adecuado á su carácter que la ornamentacion árabe que habia admirado en casa del Kadí.

—Alí me hubiera querido, se decia la jóven... si se hubiera declarado... Por otra parte, es mahomet no...

—¡Que locura! En veinte leguas á la redonda no habrá ejemplo semejante... una cristiana con un árabe... Laureano

no me hará dichosa, me ama muchísimo...: no ha dejado de pensar en mí... allá tan lejos... en Hamburgo, cuando dudaba de su constancia... ¿Qué falta para asegurar nuestro bien en el porvenir?

Antonio se alegraba de haber guardado silencio acerca de los proyectos de Ali-Raf.

La víspera de celebrarse la boda de María con Laureano, toda la familia de Muroj había partido á San Luis para hacer las últimas compras. Vieron l. capital recorriendo las casas de comercio y los almacenes. Laureano daba el brazo á María y detras caminaba Antonio con su esposa.

Al volver una esquina Laureano tropezó con un.... árabe.

María reconoció al Kadí é instintivamente tembló!

Ali dirigió expresivas miradas á la jóven y frunció las cejas al reparar en el escultor.

Ni una palabra se cruzó entre Antonio y el árabe. La familia prosiguió su marcha por la calle de San Luis.

El semblante de María por un momento oscurecido no tardó en recobrar su serenidad y jovial franqueza, Laureano cuando no hablaba del porvenir, tarareaba alguna cancion alemana.

Por la tarde Antonio arregló su carreta, cargó en ella sus compras, y montando la familia á su lado, caminaron hácia Kebir á donde llegaron ya bien entrada la noche.

Al apearse, Laureano y María distinguieron frente á su casa un bulto blanco paseando con tanta lentitud que mas que hombre parecia un fantasma.

María se sintió estremecer. Aquel fantasma no podia ser otro que Ali-Raf. ¿Porqué se presentaba de tan extraña manera? ¿que buscaba?

Poco despues de haber marchado el carretero, llamaron á la puerta. Abrió el padre, y un árabe, el mismo

que llevó á María el porta-monedas, primera prenda amorosa de Alí, que tanto significa, se presentó diciendo:

—Vengo de parte de mi amo á buscar un paquetito que entregué á la señorita hace unos seis meses.

Y con el gesto señalaba á María, que turbada no sabia que contestar.

—Fué equivocacion, continuó el mensajero del Kadi; estaba destinado para otra persona.

Al momento se aproximó Antonio á su hija, la habló en voz baja, y la jóven sacó del bolsillo el porta-monedas, desocupó las que tenia y cogiendo un pedazo de papel, le envolvió y le puso en manos del á:abe, murmurando:

—¡Por equivocacion... Tanto mejor... pero qué figura tan siniestra traía ese hombre!

No se volvió á hablar mas de aquel incidente y pasaron la velada ocupados en examinar los objetos que habian comprado. Fué como una noche feliz para toda la familia. Hasta María, dejando á parte el temor que aquel hombre pudo inspirarla, no pensó en otra cosa, sino en que sería conducida á la iglesia, admirada, festejada, y bella entre las bellas....

Por fin llegó el deseado dia: se hicieron los últimos preparativos para la fiesta.

María se probó el trage de novia.

Desde por la mañana habia salido Laureano á ejecutar un proyecto que habia concebido: queria ofrecer á su futura esposa un ramo de flores de azahar; pero no de flores artificiales, sino de esas olorosas y frescas que solo los paises meridionales tienen privilegio exclusivo concedido por la naturaleza para producirlas.

Un momento despues del desayuno se dirigió al campo con objeto de comprar ramos de naranjo en flor. No habia andado un cuarto de legua, cuando se hoyó una detonacion.

Laureano cayó en tierra herido en el costado derecho, sin que percibiera de donde venia. Ni un grito, ni el menor ay! salió de su pecho.

Dirigió su vista hácia donde el disparo habia salido, algunas personas acudieron al oír la detonacion, el herido pudo distinguir un árabe que huía por entre los matorrales como una bestia perseguida por los cazadores.

—Por allí, por allí, gritaba Laureano, cuando recobró el uso de la palabra.

Dos colonos se lanzaron en persecucion del fugitivo, que corria aceleradamente y no tardó en desaparecer en las sinuosidades de las montañas.

Los paisanos condujeron en sus brazos hasta Kebir al desgraciado escultor.

María, Antonio y su esposa estaban ocupados en los preparativos, cuando conducido por sus convecinos apareció el pobre jóven sin poder apenas articular palabra.

Al momento circuló la noticia por el pueblo.

Un médico militar reconoció la herida, y declaró ser de mucha gravedad.... porque la bala habia fracturado una costilla.

¿Cual, se decian las gentes, será la causa de esta catástrofe? Corto tiempo hacia que Laureano habitaba el pueblo y no podia tener enemigos. Sin embargo, todo indicaba una venganza.

Trabajaron las autoridades para descubrir el criminal; pero nada consiguieron.

Una conversacion de Antonio con un capitán que hacia veinte años que vivia en el país, sobre las relaciones que existian entre él y Alí-Raf, le hizo sospechar que el asesino de Laureano era el Kuli.

Los celos habian acunado en él, el odio de Alí ó de su fiel mandatario.

El-Raf se unió á las tribus independientes y no se le volvió á ver en los mercados.

Restablecido milagrosamente el herido, sonó para él la hora de la felicidad.

María se dejó conducir en triunfo á la iglesia de Kebir. en medio de sus convecinos y amigos, si bien sacrificando su amor al respeto paternal y al sentimiento de la gratitud.

Transcurrido algun tiempo, María comenzó á enfermar. La tristeza se apoderó de su alma. Habia agotado sus fuerzas, consumando el sacrificio de su corazon.

Al caer de una tarde de otoño, el árabe del porta-monedas se presentó en la puerta de la casa de Muroj. preguntando por la enferma.

Aun no habia vuelto del campo la familia, y sola con la criada, hallábase María en su aposento, melancólica como de costumbre, acariciando la idea de su malogrado amor.

El negro que guardaba la puerta, señaló con el dedo la estancia donde estaba su ama.

Penetró el árabe, saludó á María cruzando los brazos con un «Guar eos Alá» y sin otra explicacion la entregó el famoso porta-monedas, desapareciendo de su presencia.

Recobrada de su primer asombro, abrió María temblando el candado y sacó del fondo un papel.

Luego palideció, cubrióse de sangre su hermoso rostro y articulando el nombre del Kali, cayó en el suelo, arrojando borbotones de sangre.

La tisis que venia padeciendo, acababa de cortarle el hilo de la vida.,..

Las palabras «Alá te guarda! María ruega por mí» escritas por el que habia amado su corazon, fueron bastantes para apagar aquella existencia delicada, como el leve céfiro acababa con la vacilante luz de una bujía.

El mismo amor que le hubiera dado la vida, le causó la muerte.

El sol que hace brotar las flores, las agota.

Ali-Raf pereció al sigu ente dia, batiédose con las tropas europeas sobre Cabo Verde.

FIN.